

Quadernos del Sur

Año 17 - Nº 31

Abril de 2001

Tierra
del Fuego

Politizar la resistencia*

Eduardo Lucita

Uno

A principios de la década de los 90 tuvo lugar en la Ciudad de Rosario, Argentina, el 1er. Seminario Internacional "El nuevo orden mundial a fines del Siglo XX - El socialismo como pensamiento y perspectiva". En aquel Seminario uno de los temas que cruzó prácticamente a todas las comisiones y talleres lo fue el debate acerca de los cambios en curso en el capitalismo contemporáneo, su entidad, su magnitud e importancia política. Sus implicancias para la sociedad y para la izquierda en particular.

Tomadas en sus extremos dos grandes líneas de interpretación se expresaron allí. Una, sostenida por aquellas tendencias cuya política práctica llevaba a desconocer los cambios ya ocurridos y los en curso, o aun reconociéndolos les restaban importancia, no le asignaban entidad suficiente como para tener consecuencias en el plano de la dinámica social y política de la clase obrera y del conjunto del movimiento social.

Otra, que sostenía que el cambio ya se había operado, que las transformaciones ya se habían producido o estaban al borde de concretarse. El capital se encontraba así en condiciones de relanzar un nuevo período de acumulación y reproducción de capitales. De lo que se trataba entonces era de adaptarse a los cambios, de nadar a favor de la corriente y allí la intervención político-social tenía límites, que estaban precisamente impuestos por la nueva situación.

Las dos posiciones de aquel debate se apoyaban en datos de la realidad. Por un lado los cambios, ya ocurridos o en curso, eran constatables, por el otro la

* Ponencia presentada en el "III Encuentro por un nuevo pensamiento en Argentina". Buenos Aires, noviembre 2000.

reestructuración capitalista –que de eso se trataba– era tan desigual, fragmentada y contradictoria, que no parecía más que confirmar las dificultades del capital por imponer sus condiciones.

Desde mi perspectiva resultaba tan erróneo, y peligroso, negar los cambios o quitarles significación, como sostener que estos ya se habían impuesto definitivamente, que la nueva realidad ya convivía con nosotros y era immutable.

Argumenté allí, siguiendo las líneas del debate sobre “¿Un nuevo Estado capitalista?”,¹ que las dos posiciones me parecían antídialécticas, porque no tenían en consideración la confrontación social. Esta no debía ser incorporada al análisis como una cuestión de mera reivindicación proteccionista frente a la ofensiva del capital, sino como expresión del desarrollo de la lucha de clases y por lo tanto de la relación de fuerzas sociales que ella determina y a través de la cual el cambio se concreta.

La cuestión entonces no era desconocer los cambios, tampoco sumarnos a los mismos, sino cómo entenderlos, descubrir su origen y dirección y finalmente cómo situarnos políticamente frente a ellos.

Dos

Casi una década más tarde la situación es muy otra. “El neoliberalismo como ideología ha constituido la ofensiva reaccionaria más exitosa lanzada por la burguesía en el Siglo XX”² y, en mi opinión, ha logrado sus objetivos.

Desde los inicios de su ofensiva a principios de los años ’70 ha atravesado por distintas etapas, que en un intento de periodización³ podríamos identificar como:

Una primera etapa (desde mediados de los ’70 hasta el ’82, crisis de la deuda) en lo que denomino “uso capitalista de la crisis”. Esto es, el aprovechamiento de las grietas y debilidades que la crisis provoca en la clase obrera y el conjunto de las clases subalternas para imponer modificaciones en el funcionamiento de la economía e inducir líneas de transformación profundas. Tal vez no es tanto lo que avanzó aquí el modelo sino lo que hizo retroceder a la alianza de la llamada burguesía nacional y el movimiento obrero organizado. Un segundo momento coincide con el primer período del regreso al orden constitucional (1983/1985) donde frente a la ausencia de alternativas, que no fueran meramente políticas, “la sociedad se va instalando en la crisis”. Una tercera etapa (1985/1989) que denominaremos de “búsqueda de hegemonía”, caracterizada por las disputas entre las distintas fracciones del bloque dominante, que en el caso argentino culmina en un inédito proceso hiperinflacionario, los saqueos y la retirada adelantada del

elenco gubernamental de turno. Una cuarta etapa (1989/1995) que caracterizamos como “hegemonía del capital financiero”, aquí la caída del muro de Berlín primero y la implosión de la URSS después, dan nuevos aires y nuevo vigor al neoliberalismo a escala mundial. En Argentina esta etapa puede ser caracterizada como de “cierre de la crisis de hegemonía” –entendida en clave gramsciana como la capacidad de una fracción burguesa de ejercer un liderazgo capaz de llevar adelante un programa de reformas y compromisos previamente acordado–, se inicia con el 1er. mandato del Dr. Menem, pero adquiere toda su dimensión a partir del lanzamiento del Plan de Convertibilidad en 1991. Auge y asentamiento del modelo neoliberal, apoyado por una nueva coalición social que el periodismo llamaría una alianza de “pobres y ricos” y la desorientación y fragmentación del conjunto de las clases subalternas que, azotadas por el flagelo de la hiperinflación y el temor a un horizonte sin certezas, no ven otro futuro que el agravamiento de las condiciones en que viven y reproducen su existencia

A partir de los años 1995-1997, el modelo neoliberal comienza a dar muestras de agotamiento y de perdida de legitimidad a escala mundial. En Argentina el “Santiagazo” es el primer indicio, crecen los cuestionamientos a los efectos sociales del modelo y se reabre la disputa al interior del bloque de clases dominante.

A mi juicio este agotamiento no es manifestación de su fracaso, sino de su éxito. Si el objetivo más general del neoliberalismo hubiera sido el relanzamiento de las fuerzas productivas a escala mundial, su fracaso resultaría indiscutible. Por el contrario si su objetivo concreto ha sido, como creo que efectivamente lo fue, instalar una relación de fuerzas duradera absolutamente desfavorable al conjunto de los explotados, no caben dudas de su éxito.

Como bien señala Holloway (1990) “... lo que se puede apreciar en los últimos 15 ó 20 años es la lucha denodada del capital, por imponer un nuevo modelo de dominación social y política.”²⁴

Política de privatizaciones, reforma del Estado, desregulación de los mercados, apertura indiscriminada de la economía, transformación de la garantía estatal de los servicios de la seguridad social y de los derechos elementales, como salud y vivienda, en simples mercancías sometidas a la fría ley del mercado. Son los fenómenos más salientes de un proceso de reestructuración capitalista a escala mundial. Este tuvo su origen en la crisis resultante del agotamiento del

modelo keynesiano y culmina con un formidable y acelerado proceso de concentración y centralización de capitales a escala mundial, un debilitamiento de los Estados-nación, que se muestran maniatados frente al libre flujo de los activos financieros, y un sometimiento de las naciones a los organismos financieros y reguladores del comercio internacional.

Tres

En nuestros países, la reestructuración del capital tuvo como presupuesto la desarticulación social y política de los trabajadores. Resultado de la ofensiva generalizada y sostenida del capital sobre el trabajo. Sostenida porque se extiende, sin solución de continuidad, desde mediados de los años '70 hasta nuestros días y generalizada porque se despliega sobre el conjunto de las conquistas sociales que los trabajadores y las clases subalternas habían levantado, generación tras generación, como barreras contra el avance del capital.

En la región, y particularmente en Argentina, la caída estructural de los salarios, la precarización y flexibilidad laboral, el despotismo patronal, la exclusión social y la expansión generalizada de la pobreza son los rasgos más salientes de este proceso de regresión social sin parangones en el siglo que finaliza. Sus efectos se fueron acumulando a través del tiempo, pero su impacto social sólo se hizo visible cuando su magnitud alcanzó un cierto nivel.

La uniformidad de las formas de gestión y uso de la fuerza de trabajo –propias de la producción en masa–, contribuyó a la unidad social de la clase obrera, a forjarle una conciencia de clase y a dotarla de una determinada identidad sindical, lo que en conjunto fortalecía el poder del trabajo; en tanto que una extendida red de solidaridades articulaba el tejido social, tanto en su interior como en la relación de los trabajadores con los sectores populares.

Claro está que el marco de los régimen populistas se establecían claras limitaciones ideológicas a la autonomía social y a las posibilidades de que el movimiento disputara la hegemonía política-cultural de las clases dominantes.

Las transformaciones actuales provocan exactamente lo contrario. Fragmentan a la clase trabajadora, haciéndola cada vez más heterogénea, en tanto que la exclusión social y el individualismo creciente, que acompaña al



reino del mercado, concluyeron destruyendo la red de solidaridades y el tejido social del período anterior. El objetivo último del capital es así lograr una masa informe de ciudadanos que compitan entre sí por la yenta individual de la fuerza de trabajo.

El acelerado proceso de mundialización, nueva onda globalizadora por la cual el capital trasciende las fronteras del período anterior, contribuyó a la difusión de valores, conductas y modelos ideológicos en armonía con los cambios en las bases materiales de nuestras sociedades. El consumismo creciente, el individualismo, la xenofobia, el sexism, todo un nuevo patrón cultural, cuya raíz puede rastrearse en el “americanismo”, permeó las organizaciones sociales y políticas instalando en su interior nuevos contenidos de la subjetividad.

Así los cambios afectan tanto a la materialidad como a la subjetividad y tienen implicancias a nivel de la conciencia y en el comportamiento político de los sujetos sociales colectivos.

Cuatro

En este contexto general surgen renovadas dificultades para el rearmado de la red de solidaridades y la reorganización y la práctica misma del proyecto socialista.

Sin embargo nada es fatal ni definitivo en la historia.

Si a nivel mundial el colapso del estalinismo y el fin del enfrentamiento Este-Oeste concluyó con la política de enfrentamiento entre bloques, dejando al descubierto el verdadero antagonismo social: explotadores y explotados, oprimidos y opresores, a nivel regional y local la polarización social resultante de los cambios de las últimas décadas ha hecho a nuestras sociedades más clasistas, se va levantando el velo del populismo y retorna a primer plano el enfrentamiento entre bloques sociales antagónicos.

Por otra parte la reorganización de la economía sobre la base del modelo neoliberal hegemónico no muestra otra perspectiva que la exclusión de la producción y del consumo de porciones crecientes de nuestras sociedades, en tanto que la profundidad de la crisis requiere periódicamente rebajar el piso material en que viven y reproducen su existencia los explotados y oprimidos.

Así el neoliberalismo ha dejado al descubierto el carácter de dictadura de clase de su modelo.

Es de la comprensión de la ausencia de futuro, de la perspectiva de un

horizonte sin posibilidades, que está surgiendo en los hombres y mujeres que día a día sufren la explotación, la opresión y la marginación, una línea de resistencia, a veces explosiva, otras subyacente, que deja al descubierto una conflictividad social latente que se expande por todo el subcontinente. Desde las formas tradicionales, sustentadas en la contradicción capital-trabajo, hasta aquellas que cruzan transversalmente a las clases y que se constituyen en movimientos sociales autónomos que adoptan formas de lucha y organización innovadoras.

Entre estas diversas formas de resistencia se destacan aquellas cuya continuidad y proyección política ha superado los límites de sus países: el EZLN en México; el MST en Brasil, y la persistencia del proyecto de las FARC en Colombia, pero estos no pueden opacar las huelgas generales y la experiencia asamblearia de los “piqueteros” en Argentina; la semiinsurrección indígena-campesina en Ecuador; las revueltas populares en Paraguay, Perú y Bolivia; las movilizaciones en Puerto Rico; las luchas estudiantiles en México y Argentina; las de los organismos de derechos humanos en numerosos países.

En nuestro país la resistencia muestra una serie de rasgos que, aún corriendo riesgos, es posible generalizar:

En primer lugar su **carácter disperso y episódico**. Con las excepciones ya señaladas los movimientos encuentras serias dificultades para darle continuidad a su resistencia. Como regla general estos procesos de lucha reales surgen en los bordes, cuando no al margen, del “espacio político” organizado. Lo hacen por una necesidad concreta, se definen más por sus acciones que por un programa, emergen en forma abrupta y explosiva y luego se desvanecen rápidamente.⁵

Si grandes son las dificultades para darle continuidad no menores son las que presenta su dispersión. La ausencia de centralización de las luchas a nivel local y su falta de coordinación regional es una evidencia que no se puede desconocer. Porque así de fragmentada e invertebrada es hasta ahora la resistencia, como así de desigual y fragmentador es el impacto social de la crisis.

Una segunda característica es que en la mayoría de los casos se dan al **margen de los organismos tradicionales**, bajo formas embrionarias de autoorganización y ejercicios de democracia y acción directas. Es que la mundialización del capital homogeneiza por arriba y fragmenta y escinde por abajo, pero al mismo tiempo diluye las formas de integración social propias del período pasado.

Por último y como consecuencia de lo anterior un **profundo proceso democratizador pareciera recorrer el movimiento social en general**. Con desigualdades y diferencias, este proceso sale a la luz en el curso mismo de

los conflictos, donde una y otra vez se insinúa que los sujetos sociales se muestran dispuestos a pesar con peso propio en las decisiones. Se expresa así un nuevo comportamiento social donde ni los Estados, ni las iglesias, ni los partidos, ni las cúpulas sindicales encuentran las condiciones anteriores para reemplazar la capacidad de pensar, de decidir y de hacer de los sujetos sociales por su propia cuenta.

Se abren así, aún con limitaciones, nuevos rumbos y nuevas posibilidades. Caminos todos por los que el movimiento obrero y las clases subalternas buscan recuperar/afirmar su autonomía e independencia política y darse direcciones propias.

Cinco

Aunque formando parte del mismo, la contrapartida de este proceso es la profunda crisis de representatividad que corroe a los partidos y a las instituciones del sistema de dominación social, que ha dejado al desnudo la crisis de las estructuras partidarias tradicionales que no se muestran ya aptas para mediar entre el Estado y la sociedad civil. En muchos casos se manifiesta como incapacidad para contener las reivindicaciones de una sociedad sometida a profundas transformaciones; en otros porque ni siquiera en su discurso pueden trazar un horizonte a la ansiedad de cambio de la gente o capitalizar el consenso pasivo que rutinariamente dan las urnas.

Frente a la carencia de liderazgos políticos aparece un retorno a formas caudillegas de la política, pero esta vez “aggiornadas” bajo la forma de “buenos y transparentes administradores”. Aparecen así nuevos estilos políticos que pueden o no provenir de las viejas estructuras partidarias, pero en abierta ruptura con la cultura y las tradiciones del período anterior.

En este marco el voto a los partidos, sus programas y sus métodos va creciendo de sentido, por la sencilla razón de que solo se proponen administrar mas o menos eficientemente el orden de cosas existente. El pragmatismo y el personalismo se han adueñado de la escena, las campañas abandonan cada vez más las viejas formas de la política, la modernidad tecnotrórica impone la preeminencia de las imágenes sobre las palabras, el uso de los medios sobre las concentraciones. El condicionamiento estatal y la manipulación del electorado forman parte inseparable de toda esta lógica.

La crisis de representatividad se muestra así independiente de los niveles de participación electoral y del volumen de votos que arrastre cada partido.

Es que el nuevo modelo de acumulación y reproducción del capital ha determinado el agotamiento del “Estado intervencionista”⁶ propio del populismo, así como de los pactos y compromisos que lo constituyan, y por lo

tanto ha reducido el “espacio político” tradicional de los partidos del sistema. En la actual mundialización –y el acelerado proceso de concentración y centralización de capitales que ella lleva implícita– son las corporaciones multinacionales y sus aliados locales quienes dominan la economía, y los gobiernos de nuestros países que, habiendo perdido gran parte de su margen de maniobras apenas si logran disputar el diseño de políticas al servicio del gran capital local y extranjero.

Seis

Solidaridad, cooperación, igualdad, cuestionamiento del orden existente, democratización, son los rasgos generales que surgen en cada conflicto –en lo que pueden estar prefigurándose valores para una nueva sociedad–, en ellos se asienta la fortaleza y potencialidad del movimiento; como contrapartida su debilidad se expresa en la hasta ahora impotencia para formular su propia representación política.⁷

Es esta una primera conclusión: **la carencia de instancias de representación política de los trabajadores y las clases subalternas.**

Una segunda conclusión es que desde la conflictividad social, por profunda que esta fuera, no pareciera que se puedan resolver los problemas de continuidad y centralización que pudieran vertebrar políticamente la resistencia, a escala local y regional.

En la actualidad está a la moda argumentar que, como resultado de la globalización, la implantación del Estado mínimo, la crisis de representatividad y el vaciamiento de las instituciones de la democracia parlamentaria, “la política ya no está más en el Estado”, que los partidos ya no juegan el rol asignado. Por el contrario “la política se encuentra en la sociedad” y se expresaría fragmentariamente en cada uno de los diversos episodios (“acontecimientos”) a que da lugar la lucha de clases.

Esta ponencia parte de otra lectura de la realidad: el orden neoliberal se muestra hoy profundamente ilegítimo. No puede recurrir a los consensos electorales pues ha vaciado las instituciones de la democracia representativa, tampoco puede apoyarse en consenso social pues ha incrementado brutalmente las desigualdades.⁸ No hay espacios para una política distribucionista, frente a ello los partidos han internalizado la crisis del “Estado intervencionista”.

Sin embargo el capital depende aún de los Estados, necesita de ellos para garantizar las condiciones de su



acumulación y reproducción. El Estado es funcional al orden social necesario en cada período. La interrelación entre ambos es más estrecha y visible que antes. Si esto es así, sostenemos que se abren nuevas posibilidades para la intervención política y para forjar nuevas formas de representación.

Pero esta intervención ya no será como las realizadas en el período anterior -presionar para que hubiera cambios en la política económica y en la distribución de la riqueza-, y esta es una tercera conclusión:

lo que está planteado es disputar por una sociedad diferente a la que impone la lógica del capital. Disputar por imponer condiciones que respondan a las necesidades e intereses del conjunto de los explotados, oprimidos y marginados. Por forjar una alternativa política propia por fuera de la que imponen el capital y el mercado.

El *pensamiento crítico* es el núcleo central y punto de partida inexcusable para cualquier nuevo pensamiento, y si este alguna vez a de serlo lo será crítico, en primer lugar de nuestros actos y consecuencias.

Si algo ha quedado grabado a fuego en nuestro bagaje de experiencias es que no habrá posibilidades de disputar por una sociedad diferente sino se traza un balance sobre la experiencia política y social de los llamados “socialismo reales” y, en América latina y particularmente en nuestro país, sobre el verdadero significado de los regímenes populistas, su estatalismo, y sus consecuencias sobre la conciencia de las masas obreras y populares.

Una cuarta conclusión: la experiencia nos muestra que no hay formas de intervención política espontáneas, ni se puede resolver la crisis de representatividad sin organización política.

La politización organizada de la resistencia está a la orden del día.

Siete

En los últimos tiempos y acompañando el agotamiento del modelo neoliberal un proceso internacional convergente de diversos movimientos y expresiones sociales, que tiene como eje el rechazo al orden ideológico y social neoliberal, está indicando un cambio en relación a la década pasada. Nuevas modalidades de coordinación y organización y nuevas formas de solidaridad internacional se hacen presentes en un escenario internacional, que sin abandonar el carácter defensivo de esta línea de resistencia, pareciera que en el plano internacional aparecen los prolegómenos de una contraofensiva.



Seattle, Washington, Londres, Seúl, Buenos Aires, Praga... Porto Alegre y el Foro Social Mundial que se prepara para Enero del 2001... La protesta se internacionaliza, y el internacionalismo cobra nuevas formas.

Son coaliciones sociales amplias, que incluyen trabajadores; estudiantes; ecologistas; feministas; antiautoritarios; desocupados; defensores de las minorías étnicas y sexuales; militantes por la anulación de la deuda del Tercer Mundo, todos rechazan la mundialización capitalista, el gobierno de las transnacionales y sus efectos sociales y culturales.

Las protestas se levantan contra los organismos internacionales y las corporaciones que tratan a la vida de las personas como simples mercancías, que no toman en cuenta las necesidades e intereses de la mayoría de la población, que ponen al mercado y al dinero como la medida de valor de todos los valores, que borran las culturas nacionales, que construyen una mundialización en contra de todos y de todas, los que constituimos la mayoría de la humanidad.

Pero, ¿hasta donde este proceso general es reflejo de procesos sociales locales? ¿hasta donde poner el eje en lo internacional no suena a abstracto en relación a que la explotación y opresión se realiza en el marco de los Estados-nación? ¿Cómo articular las resistencias en el plano local e internacional, vertebrando las primeras y fortaleciendo las segundas?

Si a pesar de su agotamiento el neoliberalismo aún se mantiene es precisamente por la falta de alternativas políticas, y es en el terreno de la política donde debemos buscar las respuestas.

En esto es necesario ser claros: la autonomía del movimiento social y su independencia frente al Estado, los partidos y organizaciones políticas –esenciales para su constitución- no pueden resultar una barrera a la politización del propio movimiento.

Negarse a que el movimiento tenga expresión política organizada propia es favorecer que quede entrampado en políticas y alternativas que no sólo no respondan a sus necesidades e intereses, sino que pueden ser decididamente contrarios a él.

En Argentina tenemos sobradas y nefastas experiencias de esto, de ahí la importancia del eje convocante de este III Encuentro “Movimiento social y representación política”

Muchos de los debates actuales giran en torno a la implantación de una suerte de neoregulacionismo y la recuperación de un Estado-nación que funcione, a dotar de racionalidad a sus políticas, a una recuperación de la economía nacional. No hay comprensión acerca de que el neoliberalismo no es una fatalidad histórica, sino que ha sido una respuesta del capital an-

te el fracaso del Estado intervencionista. Por el contrario el neoliberalismo representa el retorno a la normalidad capitalista luego de la excepcionalidad histórica de los dorados años 50 y 60 y de la liquidación de los movimientos de masas del siglo XX.

La crisis, como dice Elmar Altvater, no es más que la exacerbación de la normalidad burguesa, pero al mismo tiempo brinda nuevas oportunidades.

El neoliberalismo ha puesto límites infranqueables a los mecanismos redistributivos que fueran el centro de las políticas del compromiso social y de los regímenes populistas en América latina, su contrapartida es que su avance arrollador ha generado problemáticas y exigencias sociales similares en nuestros países, y hoy los movimientos comienzan aencontrar mejores condiciones para converger y coordinar la resistencia bajo formas internacionalistas, con consignas y propuestas comunes.

Esta es otra conclusión: no hay posibilidad de reconstruir el movimiento local si no lo es desde una perspectiva internacional.

No es esta un época de grandes programas. Atravesamos un tiempo en que la lucha reivindicativa por demandas y derechos sociales básicos y elementales -empleo, salario universal garantizado, salud, educación, vivienda digna, respeto a las libertades públicas y DD.HH.- es potencialmente anticapitalista, simplemente porque la actual lógica de acumulación del capital tiene dificultades para satisfacerlas y el régimen pierde legitimidad social.

Apoyarse en los elementos decididamente anticapitalistas que hay en estos movimientos locales e internacionales, vincular esas demandas con el potencial emancipador de la clase obrera y darle una perspectiva de transformación radical de nuestras sociedades, es una forma concreta de vertebrar la resistencia al neoliberalismo y orientarla en una perspectiva anticapitalista y por el socialismo.

Buenos Aires, septiembre 2000.

Notas

¹ Este debate fue reflejado en las páginas del volumen "Los estudios sobre el estado y la reestructuración capitalista" en Fichas temáticas de *Cuadernos del Sur* nº 4, Bs.As. 1992.

² Ver Borón, Atilio "Réquiem para el neoliberalismo" en *Periferias* nº3 Bs.As., 1997

³ Los cortes diacrónicos que aquí se proponen corren con los riesgos y arbitrariedades de toda periodización, forman parte de un estudio más amplio sobre las etapas del neoliberalismo en el caso argentino que estoy realizando, y cuyos rasgos he tratado de generalizar con los riesgos que implica.

⁴ Holloway, John "La rosa roja de Nissam", en *Cuadernos del Sur* nº7, Bs.As, 1988

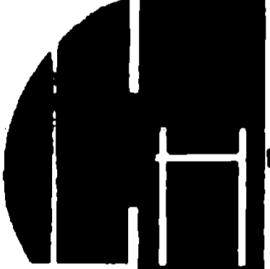
⁵ Si bien en otro contexto Lenin en su art. "Tres crisis" señala "... el rasgo común es el descontento, su indignación contra el gobierno y revela una nueva forma de manifestación, de un tipo más complejo, de movimientos por oleadas, que suben velozmente y descienden de un modo súbito". Citado por Beba Balvé en su artículo "1969. Hegemonía proletaria y hegemonía burguesa" en *Cuadernos del Sur* nº17, Bs.As. 1994.

⁶ Utilizo "Estado intervencionista" para distinguirlo de lo que en términos genéricos se denomina "Estado benefactor", para ser más precisos deberíamos utilizar: Estado de compromiso social en Europa; Estado populista en América latina; Estado clientelista en África; Estado del dirigismo económico en Asia.

⁷ Tal vez debiéramos hablar de consenso pasivo o negativo para identificar aquel consenso que surge del temor a la inflación o a la ingobernabilidad

⁸ Sobre nuevas formas de representación política ver: Negri, Antonio y Vincent, Jean Marie "Por un nuevo modelo de representación política" en *Cuadernos del Sur* nº17, Bs.As, 1994.

Para relaciones entre movimiento social y político ver: Gilly, Adolfo "Paisaje después de una derrota", ponencia presentada al Foro de San Pablo, México, 1993 y Hirsch, Joachim y Dietrich, Eckart "¿Existe una política 'nacional' de izquierda?" ponencia presentada en Encuentro para un Nuevo Pensamiento, Bs.As., 1999. También Borón, Atilio "Clases sociales y movimientos sociales en el capitalismo contemporáneo", ponencia presentada al Foro de San Pablo, México, 1993, Hirsch Joachim "Adios a la política" (Véase en este mismo número de *Cuadernos del Sur*).



HERRAMIENTA

Revista de debate y crítica marxista

En quioscos y librerías del centro - Facultad de Filosofía
y Letras - Ciencias Sociales

Suscripción por 3 números: \$ 20

Chile 1362 - 1098 Capital Federal - Tel./Fax: 381-2976

e-mail: herram@pinos.com

Cheques o giros a nombre de Andrés Méndez